

The background of the cover features a purple-toned illustration. At the top, there is a crown-like structure composed of many small, stylized faces or masks. Below this, the main focus is a large, detailed face with a textured, almost wood-like appearance. The face has deep-set eyes, a prominent nose, and a slightly downturned mouth. The entire illustration is set against a light, textured background.

sextopisoilustrado

Joseph Conrad
El corazón de las tinieblas
ilustraciones de
ABRAHAM CRUZVILLEGAS

El corazón de las tinieblas

JOSEPH CONRAD

ILUSTRACIONES DE ABRAHAM CRUZVILLEGAS

TRADUCCIÓN DE JUAN SEBASTIÁN CÁRDENAS



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Heart of Darkness

Primera edición: 2014

Imagen de portada
© ABRAHAM CRUZVILLEGAS

Ilustraciones
© ABRAHAM CRUZVILLEGAS

Traducción
© JUAN SEBASTIÁN CÁRDENAS

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2014
París 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN CALLEGO

Formación
SELVA HERNÁNDEZ / JORGE BROZON / LUIS BERMEJILLO

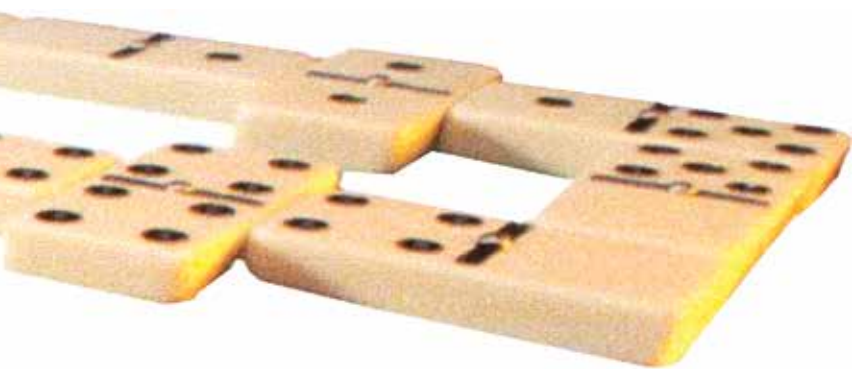
Reproducción de las ilustraciones
OCTAVIO HOYOS

Impresión
GRACEL

ISBN: 978-84-15601-51-7
Depósito legal: M-10130-2014

Impreso en España





Anclada y sin que hubieran ondeado las velas, la goleta *Nellie* se meció ligeramente antes de quedar otra vez en reposo. Había subido la marea, el viento apenas soplaba y, dado que el destino de la goleta era navegar río abajo, sólo nos quedaba permanecer en puerto y esperar al reflujo de las aguas.

La desembocadura del Támesis se extendía ante nosotros como el comienzo de un camino interminable. A lo lejos, el mar y el cielo se amalgamaban sin pespuntos y en el espacio luminoso las velas bruñidas de las barcas, arrastradas río arriba por la corriente, parecían manojos inmóviles de lienzos rojos agudamente recortados entre las pinceladas de barniz de las botavaras. La neblina se asentaba en las orillas bajas que se extendían hacia el mar, donde finalmente se desvanecían. El aire que se alzaba sobre Gravesend ya estaba oscuro y, algo más atrás, parecía condensarse en una penumbra luctuosa que, inmóvil, rumiaba sobre la ciudad más portentosa en la faz de la tierra.

El director de la Compañía era nuestro capitán y anfitrión. Los cuatro mirábamos afectuosamente su espalda mientras él, desde la proa, oteaba en dirección al mar. No había en todo el río una imagen más evocadora de la vida náutica. Parecía un piloto, algo que a los ojos de cualquier marino venía a ser la fiabilidad hecha persona. Era difícil percibir que sus preocupaciones no estaban ahí afuera, en el luminoso estuario, sino detrás de él, entre la morosa penumbra.

Como ya he dicho en otra parte, lo que nos unía era el vínculo del mar. Además de mantener unidos nuestros corazones durante los extensos períodos de separación, aquel nudo era también lo que nos hacía tolerar las pequeñas batallas y hasta las convicciones de cada cual. El abogado, el mejor de todos los viejos camaradas, tenía, debido a sus muchos años y virtudes, el único almohadón disponible en cubierta y estaba recostado sobre la única alfombra. El contable había subido ya una caja de dominó y estaba jugando a construir edificios con las piezas. Marlowe estaba sentado en la popa con las piernas cruzadas, recostado contra el último mástil. Tenía las mejillas hundidas, una complexión

amarillenta, la espalda recta, un aspecto ascético, y al estar así, con los brazos caídos, enseñando las palmas de las manos, parecía un ídolo. El director, contento de que el ancla tuviera buen amarre, se dirigió a la popa y se sentó entre nosotros. Intercambiamos algunas frases ociosas, después de lo cual se hizo el silencio a bordo de la goleta. Por una u otra razón nunca empezamos esa partida de dominó. Nos sentíamos meditativos y sin ganas de nada que no fuera la contemplación y el sosiego. El día estaba llegando a su fin en medio de la quietud de una exquisita luminosidad. El agua alumbraba pacíficamente; el cielo, sin una sola nube, se abría como una benigna inmensidad de luz inmaculada; la propia niebla sobre las marismas de Essex era un manto radiante de gasas que se descolgaba desde las arboledas del interior para envolver las orillas bajas en diáfanos pliegues. Sólo la penumbra al oeste, rumiando desde las alturas, se hacía más oscura a cada minuto, como enfurecida por la proximidad del sol.

Y por fin, en su imperceptible parábola, el sol acabó de hundirse y del resplandor blanco pasó a un rojo sobrio que no emitía rayos ni calor, como si estuviera a punto de apagarse, ahogado a manos de aquella penumbra morosa que se alzaba sobre las multitudes de la ciudad.

De inmediato se apreció un cambio en las aguas y la serenidad se hizo menos brillante, pero más profunda. Con la caída del día el viejo río descansaba serenamente en toda su amplitud, después de siglos y siglos de buenos servicios prestados a la raza que poblaba sus orillas, arrellanado en la tranquila dignidad de esa vía fluvial que conducía a los confines más remotos de la tierra. Mirábamos aquella venerable corriente no con el alborozo febril de un corto día que viene y se va para no volver, sino bajo la augusta luz de los recuerdos perdurables. Y en efecto, nada es más fácil para un hombre que, como dice el dicho, «se ha hecho a la mar» con reverencia y afecto, que evocar el grandioso espíritu del pasado sobre las orillas de la desembocadura del Támesis. Allí la corriente va y viene en su incesante oficio, cargada de memorias sobre los hombres y los barcos que ésta trajo de vuelta a la paz del hogar o condujo a las batallas de ultramar. Esa corriente había conocido y servido a todos los hombres de quienes se enorgullece la nación, desde sir Francis Drake hasta sir John Franklin, caballeros todos, con título o sin él: los grandes caballeros errantes del mar; había llevado a todos los barcos cuyos nombres brillan como joyas en la noche de los tiempos,

desde el *Golden Hind*, que regresara con el vientre repleto de tesoros y sería visitado por su Alteza, la Reina, para entrar a formar parte de la portentosa leyenda, hasta el *Erebus* y el *Terror*, que zarparían en pos de otras conquistas... y que nunca regresaron. Había conocido a los barcos y a los hombres. Hombres que habían zarpado desde Deptford, desde Greenwich, desde Erith. Aventureros y colonos; barcos de reyes y barcos de tratantes; capitanes, almirantes, los oscuros «intermedarios» del comercio con Oriente, además de los «generales» al mando de las flotas de las Indias Orientales. Buscadores de oro y de fama, todos ellos habían partido sobre estas aguas, empuñando la espada y muchas veces la antorcha, mensajeros del prodigio de estas tierras, portadores de una lumbre proveniente del fuego sagrado. ¡Cuánta grandeza habría flotado en esas aguas, arrastrada por el pleamar hacia el misterio de un planeta desconocido! Los sueños de los hombres, la semilla de los *commonwealths*, el germen de los imperios.

El sol se puso. El crepúsculo cayó sobre las aguas y algunas luces empezaron a encenderse en la orilla. El faro Chapman, un aparato de tres patas edificado sobre una planicie lodosa, alumbró con fuerza. Las luces de los barcos se movían en la distancia; un revoloteo de destellos que iban y venían por el río. Y más al oeste, dominando la orilla desde lo alto, se apreciaba la marca de la monstruosa ciudad, ominosa sobre el cielo: una penumbra morosa que brillaba con luz propia, un resplandor espeluznante bajo las estrellas.

—Y éste también —dijo Marlow de repente—, éste también ha sido uno de los lugares oscuros de la tierra.

De todos nosotros, Marlow era el único que seguía viviendo de las «faenas del mar». Lo peor que se podía decir de él es que no era digno representante de su clase. Era un marinero, pero era también un vagabundo, cuando es sabido que la mayoría de los marineros tienen una vida sedentaria. Sus espíritus son del tipo de los hogareños y adondequiera que vayan llevan su hogar, esto es, el barco, tanto como su país, el mar. Tanto da un barco como el otro y además el mar es siempre el mismo. En la inmutabilidad de sus entornos, las costas extranjeras, los rostros foráneos, la inmensidad cambiante de la vida, pasan de largo, ocultas no por un velo de misterio, sino por una ignorancia levemente despectiva: pues no hay nada misterioso para un marinero, salvo el mar mismo, que es el amor de su vida, una amante inescrutable como el

destino. En cuanto al resto, después de sus horas de trabajo, un paseo casual o una juerga le bastan para desplegar ante sus ojos el secreto de todo un continente, un secreto que por lo general encuentra desdeñable. Las historias de los marineros son escuetas y sencillas y todo su significado cabe en la cáscara rota de una nuez. Sin embargo Marlow no era el típico marinero (si dejamos de lado su propensión a relatar sus andanzas) y para él el significado de un episodio no se encontraba dentro, como una semilla, sino afuera, envolviendo el relato que lo ha producido como produce el brillo nocturno el contorno de la niebla, a la manera de esos halos que en ocasiones se hacen visibles gracias a la luz espectral de la luna.

Su observación no nos pareció en absoluto sorprendente. Sencillamente era algo propio de Marlow, así que fue admitida por todos en silencio. Nadie se molestó siquiera en rezongar. A continuación, Marlow prosiguió muy lentamente:

—Estaba pensando en los viejos tiempos, cuando los romanos llegaron aquí por primera vez, hace novecientos años... hace nada... Desde entonces la luz se hizo sobre estas aguas, ¿no es así, «caballeros»?



Aunque esa luz es como un relámpago fugaz en la llanura, como el resplandor del rayo entre las nubes. Nosotros vivimos en medio de ese parpadeo... ¡que ojalá dure hasta que la vieja Tierra deje de girar! Y sin embargo, la oscuridad estaba ayer aquí mismo. Imaginad los sentimientos del comandante de un (¿cómo se llaman?) trirreme en el Mediterráneo que, de repente, recibe órdenes de navegar hacia el norte, atravesando a toda prisa las Galias, a cargo de una de estas naves que los legionarios —unos hombres que debían de ser magníficos artesanos— solían construir, al parecer en grandes cantidades, cientos de ellas en uno o dos meses, si hemos de creer lo que dicen los libros. Imaginadlo aquí, en los confines del mundo, en un mar plomizo, bajo un cielo del color del humo, a bordo de una nave tan rígida como una concertina, remontando este río con órdenes o provisiones o lo que queráis. Bancos de arena, marismas, bosques, salvajes... casi nada que valiera la pena comer para un hombre civilizado, nada que beber salvo el agua del Támesis. Nada de vino de Falerno, ni paseos por tierra. Aquí y allá, algún que otro campamento militar perdido en el monte, como aguja en un pajar... El frío, la niebla, la tempestad, la enfermedad, el exilio y la muerte. La muerte merodeando en el aire, en el agua, en la maleza. Debieron de caer como moscas aquí. Oh, sí, así lo hizo el comandante. Y lo hizo muy bien, sin duda, y sin pensarlo demasiado tampoco, excepto quizás años más tarde, para fanfarronear de lo que había tenido que soportar en sus tiempos. Era lo bastante hombre para enfrentarse a la oscuridad. Tal vez se infundía ánimos ante la perspectiva de obtener un ascenso rápido a la flota de Rávena, si tenía buenos amigos en Roma, claro, y si conseguía sobrevivir al nefasto clima. O pensad en un joven y decente ciudadano vestido con su toga; quizás un jugador empedernido, ya sabéis, que vino aquí como parte del séquito de un prefecto o de un recaudador de impuestos o incluso de un comerciante, con la esperanza de recuperar su fortuna... en un terreno cenagoso, marchando a través de los bosques, sintiendo cómo, en algún remoto puesto del interior, lo asediaba el salvajismo, un salvajismo rotundo: toda esa vitalidad misteriosa de la naturaleza que se contorsiona en lo profundo de los bosques, en las selvas, en los corazones de los hombres salvajes. No existe iniciación posible para semejantes misterios. El hombre se ve obligado a vivir en medio de lo incomprensible, que a la vez le resulta detestable. Si bien aquello tiene también cierto encanto,

algo que llega a fascinarlo. La fascinación de lo abominable. Ya me entendéis. Imaginaos el remordimiento cada vez más acuciante, las ansias de escapar, la impotencia y el hastío, la humillación, el odio.

En este punto hizo una pausa.

—Tened en cuenta —prosiguió, extendiendo un brazo, con la palma de la mano abierta y las piernas dobladas en el suelo, asumiendo así la pose de un Buda que rezara con atuendo europeo y sin su flor de loto—, tened en cuenta que ninguno de nosotros se sentiría exactamente así. Lo que nos salva es la eficiencia. Nuestra devoción por la eficiencia. Pero estos hombres no tenían ni siquiera eso, en realidad. No eran colonizadores. Su administración se reducía a una mera opresión y poco más, me temo. Eran conquistadores y para eso sólo se necesita fuerza bruta: algo de lo que no se puede presumir, si se cuenta con ello, pues tu potencia no es más que un accidente derivado de la debilidad de los demás. Agarraban lo que podían sin otra finalidad que la de hacerse con ello. Era simple robo con violencia, asesinato agravado a gran escala y hombres que se entregaban a ello ciegamente (algo que no podía ser más apropiado dado que se enfrentaban a la oscuridad). La conquista del planeta, que casi siempre quiere decir arrebatarles la tierra a los que tienen una complexión diferente o una nariz ligeramente más chata que las nuestras, no es una cosa agradable si uno se pone a mirarla con detenimiento. Lo único que nos redime es la idea misma. Una idea al fondo del todo; no un pretexto sentimental sino una idea; y una creencia desinteresada en la idea. Algo que se puede erigir y luego reverenciar de rodillas, ofrecer sacrificios en su honor...

Entonces dejó de hablar. Sobre el río flotaban mil antorchas, pequeñas llamaradas de color verde, luces rojas, blancas, que se perseguían unas a otras, se solapaban, se unían, se entrecruzaban y a continuación se separaban a velocidades distintas. El tráfico de la gran ciudad no cesaba ante el avance de la noche sobre el río insomne. Seguíamos atentos, esperando pacientemente: era lo único que podíamos hacer hasta que bajara la marea; pero no fue sino hasta después de un largo silencio —al cabo del cual Marlow dijo con tono dubitativo: «Supongo que recordaréis que ya he sido marinero de agua dulce en una ocasión»— cuando todos supimos que, antes de que la corriente fuera propicia, estaríamos condenados a escuchar una de las historias inconclusas de nuestro compañero.

—No quiero molestaros con mis anécdotas personales —dijo, demostrando con esa frase la debilidad de tantos narradores de historias que casi nunca parecen conscientes de lo que su público querría escuchar—, pero para comprender el efecto que tuvo en mí debéis saber cómo llegué allí, qué fue lo que vi, cómo navegué río arriba hasta el lugar donde conocí a ese pobre sujeto, en el destino de navegación más remoto y el punto culminante de mi experiencia. Un sitio que parecía arrojar una extraña luz sobre todo lo que me rodeaba. Y sobre mis pensamientos. Era bastante lúgubre también. Y triste. En ningún caso extraordinario. Tampoco demasiado claro. No, no era muy claro. Y aun así parecía arrojar esa especie de luz.

»Como recordaréis, en esa época acababa de regresar a Londres después de un prolongado periplo por el Índico, el Pacífico y los mares de China —mi dosis regular de Oriente—, a lo largo de seis años, más o menos, de modo que me pasaba los días echado, estorbándoos en el trabajo e invadiendo vuestras casas, tanto es así que se diría que me habían encargado la misión celestial de civilizaros. Aquello no estuvo mal por un tiempo, pero al poco me cansé de tanto descansar. Entonces empecé a buscar un barco. Habría aceptado el trabajo más duro de la tierra y aun así, los barcos ni siquiera se fijaban en mí. Hasta que me cansé también de aquello.

»Veréis, cuando era apenas un crío tenía una verdadera pasión por los mapas. Podía quedarme horas enteras recorriendo Suramérica, o África, o Australia, arrobado en las glorias de la exploración. En esa época aún había muchos espacios en blanco, y cuando detectaba alguno particularmente llamativo (aunque todos lo eran) posaba mi dedo encima de él y me decía: “Cuando crezca voy a ir allí”. El Polo Norte era uno de esos lugares, lo recuerdo. Y bueno, aún no he estado allí y me temo que ya no lo voy a intentar. Ha perdido todo su *glamour*. Otros de esos lugares estaban desperdigados por toda la línea del Ecuador y por todas las latitudes, en ambos hemisferios. He estado en algunos de ellos y... en fin, ahora no vamos a hablar de eso. Sin embargo, había uno que seguía allí. El más grande, el más “en blanco”, por así decirlo, al que ansiaba llegar.

»Bien es cierto que, a esas alturas, ya no era un espacio en blanco. Desde los años de mi infancia se había llenado de ríos y lagos y nombres. Había dejado de ser un espacio en blanco, poblado de sutiles misterios. Un terreno vacío donde un niño podía fantasear a sus anchas.

Ahora se había convertido en un lugar de oscuridad. Pero en ese espacio había un río en especial, un portentoso y magnífico río que se podía apreciar en el mapa y que parecía una inmensa serpiente desenroscada, con su cabeza hundida en el mar, su cuerpo en reposo serpenteando hacia el interior de un vasto país y la cola hundida en las profundidades de esa tierra. Y al descubrirlo en un mapa que vi en el escaparate de una tienda, el río me fascinó como haría una serpiente con un pájaro —un pajarero ingenuo y diminuto—. Entonces recordé que había grandes intereses, una Compañía para comerciar en ese río. “¡Maldita sea!”, pensé para mis adentros, “no se puede hacer comercio sin utilizar barcos especiales en medio de toda esa agua dulce: ¡vapores! ¿Por qué no intentar hacerme con un barco de vapor?”. Seguí caminando por Fleet Street y sin embargo no pude sacarme la idea de la cabeza. La serpiente me había hipnotizado.

»Ya sabéis que se trata de intereses continentales, esa Sociedad Comercial, quiero decir. Pero resulta que yo tengo muchas amistades que viven en el continente, dado que es barato y no tan fastidioso como uno pensaría, según dicen.

»Lamento admitir que empecé a incordiar a estas amistades, cosa que por sí misma era una novedad para mí. No estaba acostumbrado a conseguir las cosas de esa manera, ya sabéis. Siempre he caminado por mi propio camino y con mis propias piernas para llegar adonde me lo propongo. Ni yo mismo daba crédito. Pero entonces, no sé por qué, sentía que tenía que llegar allí por las buenas o por las malas. Así que fui a incordiarlos. Y estos hombres me dijeron: “Querido compañero”, pero no hicieron nada. Entonces, no os lo vais a creer, intenté incordiar a las mujeres. Yo, Charlie Marlow, puse a trabajar a las mujeres... para que me consiguieran un empleo. ¡Santo cielo! En fin, como veis, estaba empecinado en la idea. Y por otro lado tenía una tía muy querida, un espíritu entusiasta. Su respuesta fue: “Estaré encantada de ayudarte. Haría cualquier cosa, cualquier cosa por ti. Es una idea maravillosa. Conozco a la esposa de cierto personaje importante en la Administración y también a un hombre que tiene muchas influencias con...”, etcétera, etcétera. Mi tía estaba decidida a no escatimar esfuerzos con tal de verme al mando de uno de esos vapores, si tal era mi capricho.

»Conseguí el puesto, ya lo creo. Y muy rápido, por cierto. Por lo visto la Compañía acababa de recibir la noticia de que uno de sus capitanes

había sido asesinado en medio de una reyerta con los nativos. Era la oportunidad que estaba esperando y su aparición avivó mis ansias. No sería sino al cabo de meses y meses cuando, en mi intento de recuperar lo que había quedado del cadáver, supe que el motivo original de la riña se debió a un malentendido sobre unas gallinas. Sí, dos gallinas negras. Fresleven, que es como se llamaba aquel hombre, un danés, creyó que se había visto perjudicado de algún modo en el trato, así que desembarcó y fue a golpear al jefe de la tribu con un palo. Oh, desde luego no me sorprendió en lo más mínimo saber al mismo tiempo que Fresleven era considerado por todos el hombre más amable, la criatura más mansa que jamás pisó esta tierra. No me cabe duda de que así era. Pero lo cierto es que ya había pasado dos años ahí afuera, comprometido con la noble causa, ya me entendéis, y es probable que hubiera sentido al fin la necesidad de afianzar su autoestima de algún modo. Y entonces decidió moler a palos al viejo negro sin ninguna piedad, mientras una muchedumbre lo observaba como paralizada por el rayo, hasta que un hombre —el hijo del jefe, según decían—, desesperado por los gritos del pobre anciano, probó a pinchar al hombre blanco con una lanza... que por supuesto se le clavó sin ningún esfuerzo entre los omóplatos. De inmediato, previendo las calamidades que se avecinaban, toda la población se dispersó en la jungla, mientras, por otro lado, el vapor comandado por Fresleven también huyó despavorido, a cargo del maquinista, creo. En un principio nadie se molestó demasiado en recuperar los restos de Fresleven, al menos hasta que llegué a ocupar su puesto. Era algo que yo no podía pasar por alto. Sin embargo, cuando por fin se presentó la oportunidad de conocer a mi predecesor, la hierba que crecía a través de sus costillas era ya lo bastante alta para ocultar los huesos. El esqueleto estaba completo. El ser sobrenatural no había sido tocado después de su muerte. Y la aldea seguía desierta, las puertas de las chozas como boquetes negros, todo podrido y deforme en el interior de los recintos en ruinas. Con toda certeza, una calamidad había tenido lugar allí. La gente había desaparecido. Un terror irracional los había dispersado a todos, hombres, mujeres y niños, por la selva, y ya nunca más habían regresado. Qué fue de las gallinas es algo que tampoco pude averiguar. Supongo que la Causa del Progreso se habrá hecho con ellas de alguna manera. Sea como fuere, gracias a este glorioso incidente obtuve mi cargo, incluso antes de que pudiera albergar serias esperanzas de conseguirlo.

»Casi enloquecí con las prisas y los preparativos y en menos de cuarenta y ocho horas ya estaba cruzando el Canal para presentarme ante mis jefes y firmar el contrato. Al cabo de unas pocas horas llegué a esa ciudad que siempre me ha hecho pensar en un sepulcro blanqueado. Un prejuicio de mi parte, sin duda. No tuve problemas para encontrar las oficinas de la Compañía. Era el edificio más grande de la ciudad y todas las personas que conocí presumían de él. Al fin y al cabo se trataba de un imperio en ultramar y de hacer dinero a espaldas con el comercio.

»Una calle estrecha y desolada sumida en las tinieblas, casas enormes, innumerables ventanas con persianas venecianas, un silencio muerto, la hierba creciendo entre las piedras de los muros, imponentes arcadas para los coches a derecha e izquierda, gigantescas puertas de dos batientes abiertas de par en par. Me colé por una de esas aberturas, subí por una escalera limpia y sin adornos, árida como un desierto, y abrí la primera puerta que encontré. Dos mujeres, una gorda y otra flaca, sentadas en sendas sillas con asiento de mimbre, tejían con madejas de lana negra. La flaca se levantó y se acercó a recibirme sin dejar de tejer, la mirada gacha. Y justo cuando yo empezaba a considerar la idea de esquivarla, como haría uno con un sonámbulo, la mujer se detuvo y alzó la vista. Su vestido era tan escueto como el envoltorio de un paraguas. La mujer se dio la vuelta y sin decir palabra me condujo hasta una sala de espera. Le di mi nombre y me puse a mirar alrededor. Mesa de centro, sillas austeras en las cuatro paredes y, en un extremo, un enorme y reluciente mapa marcado con todos los colores del arco iris. Se apreciaba una vasta extensión pintada de rojo —algo agradable a la vista en cualquier momento, pues uno sabe que en esos sitios se están haciendo las cosas como es debido—; otra cantidad igualmente abundante de azul, un poco de verde, manchas naranjas y en la costa este, un parche de color púrpura para indicar el lugar donde los alegres pioneros del progreso beben alegres jarras de cerveza. No obstante, yo no me dirigía a ninguno de esos colores. Mi destino era el color amarillo. Muerto en pleno centro. Y justo allí se encontraba el río, fascinante, mortífero como una serpiente. ¡Que me parta un rayo! Una puerta se abrió en ese instante y un semblante secretarial con el pelo canoso, aunque provisto de una expresión compasiva, apareció en el umbral y un exiguo dedo índice me hizo señas para que ingresara en el santuario.

Dentro la luz era tenue y un pesado escritorio se arrellanaba en el centro del despacho. Desde el extremo opuesto de aquella estructura vi salir una figura de pálida robustez envuelta en una levita. Era el gran hombre en persona. Debía de medir un metro setenta, calculo, y aun así tenía en su mano el control de tantísimos millones. Me estrechó la mía, murmurando alguna vaguedad, satisfecho con mi francés, supongo. *Bon voyage*.

»En menos de un minuto ya me encontraba de vuelta en la sala de espera junto al compasivo secretario, que, contrito y, pese a todo, simpático, me hizo firmar unos documentos. Creo que en ellos me comprometía, entre otras cosas, a no revelar ningún tipo de trato comercial secreto. Pues bien, no pienso hacerlo.

»Empecé a sentirme ligeramente incómodo. Ya sabéis que no estoy acostumbrado a esa clase de ceremonias y había algo ciertamente ominoso en la atmósfera. Era como si con ello me hicieran partícipe de una conspiración o, no sé, de algo que no era del todo limpio. Como sea, me alegré de poder salir de allí. En la sala contigua las dos mujeres seguían tejiendo febrilmente con su lana negra. La gente iba llegando, y la más joven de las dos iba de un lado a otro para recibirlos. La más vieja no se levantaba de su silla. Sus zapatillas de tela estaban apoyadas en un calentador de pies y un gato dormitaba en su regazo. Llevaba en la cabeza una cofia blanca almidonada, tenía una verruga en la mejilla y unos quevedos de marco plateado en la punta de la nariz. Me miró por encima de los anteojos. La instantánea e indiferente placidez de esa mirada me dejó turbado. Dos jóvenes de aspecto cándido y jovial seguían en ese momento a la otra mujer y la más vieja los miró con la misma expresión de desinterés y suficiencia. Aquella mujer parecía saberlo todo sobre ellos y sobre mí mismo. Una extraña sensación se apoderó de mí. La encontré siniestra y de mal agüero. Cuántas veces estando allá lejos no habré evocado la imagen de estas dos mujeres, guardianas de las puertas de la Oscuridad, tejiendo su lana negra como para hacer una mortaja tibia, la una conduciendo, conduciendo sin cesar a los hombres a lo desconocido, mientras la otra escudriñaba los rostros ingenuos y joviales con su vieja mirada indiferente. ¡*Ave*, vieja tejedora de lana negra! *Morituri te salutant*. Sólo unos cuantos hombres, de los muchos que alguna vez mirara, pudieron volver a verla. Menos de la mitad.

»Sólo restaba hacer una visita al doctor. “Una mera formalidad”, me aseguró el secretario, con aire de tomarse muy a pecho mis preocupaciones. Dicho lo cual un tipo joven con el sombrero ladeado sobre la ceja izquierda, un ujier, supongo —debía de haber más de uno trabajando allí, pese a que el silencio del lugar era más propio de una casa en la ciudadela de los muertos—, descendió por no sé qué escaleras y me pidió que lo siguiera. Era un hombre desprolijo y torpe, con manchas de tinta en las mangas de su chaqueta, y su corbata se veía larga y manoseada debajo de un mentón que parecía una protuberancia en la punta de una vieja bota. Era un poco temprano para ir a ver al médico, así que propuse que tomáramos un trago, cosa que desató en él una vena jovial. Cuando ya estábamos sentados delante de nuestras copas de vermut, el muchacho ensalzó las glorias de la Compañía. Pasado un rato, y de manera casual, le expresé mi sorpresa ante el hecho de que no se uniera a la expedición. De inmediato, el joven adoptó un aire frío y circunspecto. ““No soy tan idiota como parezco”, les dijo Platón a sus discípulos” fue lo que sentenció, vaciando su copa con gran resolución antes de levantarse.

»El viejo doctor me tomó el pulso, con la cabeza claramente ocupada en otro asunto durante el examen. “Bien, bien por aquí”, murmuró. Y a continuación, con cierta avidez, me pidió permiso para medirme el cráneo. Algo sorprendido, di mi consentimiento y entonces él sacó un aparato que parecía un compás y se puso a tomar las medidas de arriba abajo, de izquierda a derecha, a la vez que iba tomando notas cuidadosamente. Era un hombrecito mal afeitado enfundado en un abrigo harapiento, calzado con pantuflas, así que lo consideré un loco inofensivo. “Siempre pido permiso, en aras de los intereses de la ciencia, para medir los cráneos de las personas que viajan a ese lugar”, dijo. “¿Y cuando vuelven también?”, le pregunté. “Oh, nunca vuelvo a verlos”, contestó, “además, los cambios tienen lugar en el interior, ya sabe”. Y sonrió para sí mismo como si hubiera recordado una broma. “Así que usted va a viajar allí. Por la fama, claro. Y debe de ser interesante también”. Luego me observó con detenimiento y añadió un comentario con tono profesional: “¿Algún caso de locura en su familia?”. Aquello consiguió fastidiarme. “Y esa pregunta”, dije, “¿la hace también en aras de la ciencia?”. “Ya lo creo”, contestó, sin reparar en mi irritación. “Sería interesante para la ciencia observar los cambios mentales de los individuos sobre el terreno, pero...”. “¿Es usted



un alienista?”, lo interrumpí. “Todo médico debería serlo, al menos un poco”, respondió impasible. “Verá usted, tengo una pequeña teoría que vosotros, *monsieurs*, los que vais a ese lugar, tendréis que ayudarme a probar. Tal será mi parte de los beneficios que el país cosechará gracias a la posesión de tan magníficas dependencias. El mero lucro se lo dejo a los demás. Disculpe mis preguntas, pero usted es el primer inglés que viene a mi consulta...”. Me apresuré a asegurarle que yo no era en absoluto un caso típico. “Si lo fuera”, le dije, “no estaría aquí depar- tiendo con usted ahora mismo”. “Lo que usted dice suena bastante profundo, pero quizás sea erróneo”, respondió soltando una carcajada. “Evite la irritación más que la exposición prolongada al sol. *Adieu*. ¿Cómo decís vosotros los ingleses? Ah, sí, *goodbye, goodbye*. En los tró- picos uno debe, ante todo, mantener la calma”. En este punto el hom- brecillo levantó el índice... “*Du calme, du calme. Adieu*”.

»Una cosa más me quedaba por hacer: despedirme de mi formi- dable tía. La encontré radiante. Tomamos una taza de té —la última taza de té decente en muchos días— en una sala de estar de lo más confortable, como no podía ser menos tratándose de una dama, y allí tuvimos una

larga y serena charla junto a la chimenea. En el curso de estas confidencias comprendí a las claras que me habían presentado ante la esposa del alto dignatario, y sólo Dios sabe ante cuántas personas más, como una criatura excepcionalmente talentosa, toda una suerte para la compañía, un hombre de los que no se encuentran todos los días. ¡Por todos los santos! Y pensar que me iba a hacer cargo de un vaporcillo de tres al cuarto. Sin embargo parecía que me consideraban como a un empleado con mayúsculas, con su propio capital, ya me entendéis. Una especie de emisario de la luz, poco menos que un apóstol. Ésa era la clase de bulos que infestaban la prensa y las conversaciones en esos días y la excelente dama, envuelta en todo ese batiburrillo de patrañas, se dejó llevar por el entusiasmo. Hablé de “destetar a esos millones de ignorantes de sus horribles costumbres”, hasta que, os doy mi palabra, me hizo sentir bastante incómodo. En un momento me atreví a insinuar que la Compañía tenía una finalidad lucrativa. “Olvidas, querido Charlie, que el trabajador vale lo que le pagan”, dijo con lucidez. Es extraño comprobar cuán poco contacto con la realidad tienen las mujeres. Viven en su propio mundo, un mundo como nunca lo ha habido y como no lo habrá jamás. Es demasiado hermoso visto en su conjunto, pero si ellas hubieran tenido que construir el mundo, éste se habría venido abajo con la primera puesta de sol. Cualquiera de esos embrollados asuntos con los que hemos tenido que lidiar los hombres desde el mismo día de la creación habría bastado para derribarlo todo.

»Después de estas palabras la dama me abrazó, me aconsejó que vistiera de franela, que escribiera seguido, en fin. Me marché y, cuando estaba en la calle, no sé por qué, tuve la extraña sensación de que yo era un impostor. Era raro que un hombre como yo, acostumbrado a embarcarme a cualquier parte del mundo de un día para otro, sin pararme a considerarlo más que si fuera a cruzar una simple calle, hubiera tenido un momento, no diré de duda, pero sí de perplejidad ante un asunto que parecía tan normal. El único modo que tengo de explicároslo será decir que, por un instante, me sentí como si en lugar de dirigirme al centro de un continente estuviera a punto de embarcarme rumbo al centro de la tierra.

»Zarpé a bordo de un vapor francés que se detuvo en todos y cada uno de los malditos puertos que había por allí y sin otro propósito, al parecer, que desembarcar soldados y agentes de aduana. Yo observaba

la costa. Observar la costa mientras ésta se desliza frente al barco es como contemplar un enigma. Te mira, te sonrío, frunce el ceño, insinuante, grandiosa, cruel, insulsa o salvaje, pero siempre muda y casi a punto de susurrarte: "Ven a descubrirme". Esta vez casi carecía de todo rasgo, como si estuviera aún por hacer, con un aspecto monótono y adusto. El linde de una selva colosal, de un verde tan oscuro que era casi negro, bordeado por la espuma blanca, discurría en una línea recta, como trazada adrede, a lo largo de kilómetros y kilómetros de un mar azul cuyos resplandores estaban opacados por una neblina sutil. El sol pegaba con fuerza y la tierra parecía sudar en medio del vapor. De vez en cuando aparecían algunos brochazos verdosos y rucios agrupados a la orilla de la espuma blanca, en ocasiones coronados por una pequeña bandera. Asentamientos de unos siglos de antigüedad y pese a ello no más grandes que cabezas de alfiler en medio de la inmensidad intacta del entorno. Navegábamos junto a la costa, nos deteníamos, desembarcaban algunos soldados y continuábamos; volvíamos a detenernos, desembarcaban los oficiales de aduana para recaudar los impuestos en lo que parecía una jungla dejada de la mano de Dios, con un cobertizo de latón y un asta de bandera perdidos ahí en medio; también desembarcaban más soldados —presuntamente para cuidar de los oficiales de aduana—. Según oí decir, algunos se habían ahogado antes de llegar a la orilla, pero, más allá de que fuera cierto o no, nadie parecía especialmente preocupado por el asunto. Simplemente los dejábamos allí y seguíamos nuestro camino. La costa era igual día tras día, como si no nos hubiéramos movido. Pero en realidad íbamos dejando atrás varios lugares, puestos comerciales con nombres como Gran Bassam o Pequeño Popo, nombres que parecían sacados de una especie de sórdida farsa que se estuviera interpretando frente a un siniestro telón de fondo. La desocupación propia de cualquier pasajero, mi aislamiento en medio de todos estos hombres con quienes no tenía nada en común, la consistencia aceitosa y lánguida del mar, la sombra uniforme de la costa, todo ello parecía mantenerme apartado de la verdad de las cosas, preso en las labores de un espejismo luctuoso y sin sentido. Oír de vez en cuando la voz rugiente de las olas era un auténtico placer, como oír las palabras de un hermano. Era algo natural, que tenía su razón de ser, un sentido. A veces un bote proveniente de la orilla ofrecía un contacto momentáneo con la realidad. Un bote con remeros negros. Podías



verlos venir desde lejos por el brillo del blanco de sus ojos. Lanzaban gritos, cantaban. Ríos de sudor recorrían sus cuerpos. Sus rostros eran como máscaras grotescas. Pero tenían hueso, músculo, una vitalidad salvaje, una intensa energía de movimientos, cosas que eran tan naturales y verdaderas como las olas que rompían contra la costa. No necesitaban una excusa para estar allí. Resultaba reconfortante mirarlos. Por un instante sentía que aún pertenecía a un mundo de hechos

concisos. Pero esa sensación no duraba demasiado. Siempre aparecía algo que acababa espantándola. En una ocasión, recuerdo, nos topamos con una fragata anclada frente a la costa. Ni siquiera había un cobertizo en ese lugar, pero el barco disparaba contra los matorrales. Al parecer los franceses estaban librando una de sus guerras en las inmediaciones. Su insignia colgaba flácida como un harapo; el morro de los cañones de ocho pulgadas asomaba por toda la parte inferior del casco. El oleaje espeso y aceitoso hacía subir y bajar perezosamente el barco, meneando los finos mástiles. En la vacía inmensidad de la tierra, el cielo y el agua, allí estaba la fragata incomprensible, disparándole a un continente. ¡Bum! Retumbaba uno de los cañones de ocho pulgadas, una pequeña llamarada que salía disparada y se perdía entre los arbustos, una fina humareda blanca que no tardaba en desaparecer, el silbido endeble de un proyectil... y no ocurría nada. Nada podía ocurrir. Había un toque de locura en ese procedimiento, cierto desvarío tétrico en la imagen; algo que no se disipó cuando un compañero de a bordo me aseguró, muy serio, que había un campamento de nativos —¡“enemigos” fue la palabra que usó!— escondido por ahí en algún lugar.

»Entregamos la correspondencia en la fragata (oí que la tripulación se estaba muriendo de fiebre a razón de tres hombres por día) y seguimos navegando. Nos detuvimos en unos cuantos lugares más, bautizados con nombres de farsa, donde la gozosa danza de la muerte y el comercio se ejecutaba en medio de una atmósfera inmóvil y telúrica, como en el interior de una catacumba recalentada; todo ello a lo largo de la costa informe azotada por el terrible oleaje, como si la propia naturaleza hubiera intentado mantener a raya a los intrusos, entrando y saliendo por ríos, torrentes de muerte en vida cuyas orillas estaban llenas de barro putrefacto, cuyas aguas, espesas como babas, invadían la contorsión de los manglares, que ante nuestros ojos parecían retorcerse al extremo de la impotencia y la desesperación. En ningún sitio nos detuvimos el tiempo suficiente para hacernos una impresión definida, pero la sensación general de vaga y opresiva irrealidad iba pesando más y más. Era como una tediosa peregrinación en la que iba recogiendo indicios de una pesadilla.

»Tendrían que pasar más de treinta días para que pudiera ver la desembocadura del gran río. Anclamos al pie de la sede del gobierno. Sin embargo mi trabajo no empezaría sino hasta unas doscientas millas

más adelante. En cuanto me fue posible, partí rumbo a un lugar que se hallaba treinta millas río arriba.

»Conseguí embarcar en un pequeño vapor. Su capitán era un sueco y, al enterarse de que yo era marinero, me invitó a subir al puente. Era un hombre joven, delgado, rubio y parsimonioso, de aspecto desgarrado, que caminaba arrastrando los pies. Mientras nos alejábamos del mísero muelle, sacudió despectivamente la cabeza mirando hacia la orilla. “¿Ha estado viviendo allí?”, preguntó. Yo asentí. “Menudos elementos los tipos del gobierno, ¿no le parece?”. Y prosiguió, hablando en inglés con gran precisión y considerable acritud: “Es gracioso ver lo que alguna gente es capaz de hacer por unos pocos francos al mes. Me pregunto qué será de esta clase de tipos cuando vuelven a su país”. Le contesté que esperaba poder averiguarlo pronto. “¿Pronto?”, exclamó, mirándome de arriba abajo, aunque sin perder de vista el agua. “Yo no estaría tan seguro”, continuó. “El otro día llevé a bordo a un hombre que se colgó durante el viaje. También era sueco”. “¿Se colgó, dice? Por todos los santos, ¿y por qué?”, exclamé yo, mientras él no despegaba los ojos del camino. “Quién sabe”, dijo. “Quizás se hartó del sol. O del país”.

»Al fin llegamos a un recodo del río. Un acantilado rocoso apareció ante nosotros; había montículos de tierra removida junto a la orilla, unas pocas casas en una colina, y otras más, con techo de zinc, en medio de los escombros de una excavación, o al borde del precipicio. El ruido constante de una cascada pendía sobre toda esta escena de devastación habitada. Mucha gente, la mayoría negros desnudos, iba y venía por el lugar como un hormiguero. Un muelle se proyectaba sobre el río. Por momentos el sol cegador sumergía todo esto en el repentino recrudescimiento de un resplandor. “Allí está la estación de su Compañía”, dijo el sueco, señalando tres barracas de madera construidas sobre la pendiente rocosa. “Le haré llegar sus cosas. ¿Cuatro bultos, dijo? Muy bien. Adiós”.

»Me topé con una caldera abandonada en medio de la hierba antes de hallar el sendero que conducía a lo alto de la colina. El camino pasaba junto a las rocas y también frente a una pequeña locomotora volcada en el suelo, con las ruedas al aire (le faltaba una). Aquella cosa parecía más muerta que el cadáver de un animal. Encontré por el sendero varias piezas más de maquinaria en desuso, un montículo de rieles oxidados. A la izquierda vi un puñado de árboles que conformaban una enramada

sombria donde un montón de cosas oscuras y endebles parecían agitarse. Me froté los ojos. El sendero se empinaba en este punto. Una sirena ululó a mi derecha y entonces vi correr a un montón de gente negra. La detonación sorda y pesada hizo temblar el suelo, una humareda brotó de los riscos y eso fue todo. No se apreció ningún cambio en la faz de la roca. Estaban construyendo un ferrocarril. Los riscos no interrumpían el trazado, pero estas explosiones sin sentido eran al parecer la única obra en marcha.

»Un ligero tintineo a mis espaldas me hizo volver la vista atrás. Seis hombres negros avanzaban en fila, caminando esforzadamente por el sendero. Andaban muy erguidos, a paso lento, soportando sobre sus cabezas pequeñas cestas llenas de tierra y el tintineo seguía el ritmo de sus pasos. Llevaban el torso envuelto en unos harapos negros cuyos extremos se meneaban en sus espaldas como colas. Se les marcaban todas las costillas y las articulaciones de sus miembros eran como nudos en una cuerda. Cada uno tenía un collar de hierro y todos iban conectados por una cadena cuyos eslabones se balanceaban entre los cuerpos, tintineando rítmicamente. De repente otro estallido proveniente de los riscos me trajo a la memoria aquel barco de guerra que disparaba contra un continente. Era el mismo tipo de rugido aciago. Sin embargo, ni siquiera con un esfuerzo de la imaginación les cabía a estos hombres el apelativo de enemigos. Preferían llamarlos criminales y la ley implacable, al igual que los explosivos, había llegado hasta ellos desde el otro lado del mar como otro misterio insondable. Sus magros pechos se hinchaban a la vez, las aletas de la nariz se les dilataban, temblorosas y los ojos miraban atónitos hacia los peñascos. Pasaron a unos pocos centímetros de mí, sin mirarme, con esa indiferencia letal y absoluta de los salvajes infelices. A la cola de este cargamento de materia prima, uno de los elegidos, producto de las nuevas fuerzas al mando, marchaba sin entusiasmo con un rifle cruzado sobre el pecho. Tenía una casaca militar a la que le faltaba un botón y ante la proximidad de un hombre blanco, se apresuró a apoyar el cañón del rifle sobre su hombro. Lo hizo por pura precaución, pues, vistos desde la distancia, todos los blancos eran tan parecidos entre sí que aquel hombre no tenía manera de saber quién podría ser yo. No tardó en bajar la guardia y con una sonrisa amplia, muy blanca y llena de picardía, no sin antes echarle un vistazo a la carga, el hombre pareció

hacerme partícipe de su exaltada confianza. Al fin y al cabo, yo también formaba parte de esa gran causa que empleaba tan elevados y justos procedimientos.

» En lugar de subir tras ellos, me desvié para bajar por la izquierda, con la sola intención de esperar a que el grupo de encadenados desapareciera de mi vista antes de trepar por la cuesta. Ya sabéis que no soy particularmente sensible; siempre he tenido que luchar y defenderme. He tenido que resistir e incluso atacar, que no es más que un modo de resistir, sin medir las consecuencias, respondiendo a las exigencias del tipo de vida que el azar me hubiera deparado. He conocido al demonio de la violencia y al demonio de la codicia y al demonio del ardiente deseo; pero ¡por todas las estrellas del cielo!, éstos eran unos diablos poderosos, lascivos y de ojos rojos que dominaban a otros hombres. Hombres, os digo. Y aun así, mientras esperaba allí en la ladera, pude prever que, a plena luz del día, bajo el mismo sol de esa tierra, me las vería con un diablo rechoncho, simulador y de ojos taimados, un diablo delirante, avaro y despiadado. Cuán pérfido e insidioso podía ser es algo que sólo descubriría varios meses más tarde y dos mil millas tierra adentro. Por unos instantes me sentí desmoralizado, como bajo el efecto de una advertencia. Finalmente decidí volver a bajar por la cuesta, oblicuamente, en dirección a los árboles que había visto antes.

» Rodeé un enorme agujero que alguien había estado cavando en la pendiente y cuya función me resultó imposible adivinar. No era una cantera ni un arenal, no. Era simplemente un hueco. Tal vez tuviera que ver con el deseo filantrópico de darles a los criminales algo que hacer. No lo sé. Luego estuve a punto de tropezar en una grieta muy delgada, apenas una cicatriz en la pendiente. Entonces descubrí que un montón de tubos de drenaje importados para el asentamiento habían sido depositados allí. No había uno solo que no estuviera roto. No era más que un amasijo de chatarra sin sentido. Al fin llegué a la enramada bajo los árboles. Mi idea era pasear a la sombra durante un rato. Pero tan pronto me hallé en aquel sitio tuve la impresión de que había penetrado en el horrendo círculo de un pequeño Infierno. La cascada estaba cerca y un estruendo incesante, uniforme y desbocado llenaba la luctuosa quietud del bosquecillo, donde no soplaban ni un suspiro, donde no se movía ni una hoja, en medio de ese misterioso sonido: parecía como si los ritmos exaltados de esta tierra errante se hubieran vuelto audibles de repente.

El corazón de las tinieblas está considerada por muchos como la mejor y más enigmática narración de Joseph Conrad, que se basó en su propia experiencia traumática como navegante por el Congo Belga para escribir esta oscura alegoría de la condición humana. Charles Marlow relata el viaje que realizó como empleado de un vapor, remontando el río Congo en busca del misterioso señor Kurtz, un hombre blanco que había logrado dominar los insondables secretos de la selva africana *más espesa*, creando tras de sí una leyenda que lo colocaba como una especie de superhombre, temido y admirado por igual, que conseguía para la Compañía abundantes cantidades de marfil.

El poder simbólico y psicológico de la novela desnuda la perversidad que acecha tras la ilusión de progreso y civilización, pues además de la barbarie, el oprobio y los terribles efectos depredadores del colonialismo, muestra la inconsistencia del pensamiento que pretende justificarlo. Conrad nos sumerge en pleno corazón de las tinieblas, donde el hombre es despojado de todo aquello que le da sentido a su vida, donde los nombres no son sino sonidos y las posesiones adquieren un ridículo talante que se encuentra a merced del rugido salvaje de la naturaleza en ebullición.

Esta edición se presenta a los lectores con una renovada traducción a cargo del escritor y traductor Juan Sebastián Cárdenas, y se acompaña de imágenes y *collages* elaborados por uno de los artistas contemporáneos más importantes, Abraham Cruzvillegas.

JOSEPH CONRAD es ampliamente considerado uno de los escritores más importantes de la literatura universal. Aunque nació en Berdychiv (población que perteneció a Polonia pero que en la actualidad forma parte de Ucrania), adoptó el inglés como su lengua literaria y en este idioma escribió más de veinte novelas, entre las que destacan *El agente secreto*, *Lord Jim* y *La línea de sombra*, entre muchas otras. Murió el 3 de agosto de 1924 en Bishopsbourne, Inglaterra, tras rechazar un título nobiliario que le ofreció el gobierno británico.

ABRAHAM CRUZVILLEGAS nació en la Ciudad de México en 1968. Es uno de los artistas más importantes en la actualidad. Ha expuesto en galerías y museos como la Tate Modern en Londres, el Walker Art Center en Minneapolis, el New Museum en Nueva York, el centro Pompidou de París, la Haus der Kunst de Múnich y el MoCA de Los Ángeles, por mencionar algunos.

Su vasta obra, compuesta de esculturas, dibujos, grabados, vídeos y libros, tiene en el proyecto *Autoconstrucción* su eje más emblemático.



sextopisoilustrado

ISBN 978-84-15601-51-7

